

Mónica Mancero y Rafael Polo,
compiladores

Ciencia, política y poder

Debates contemporáneos desde Ecuador



Ciencia, política y poder. Debates contemporáneos desde Ecuador / compilado por Mónica Mancero y Rafael Polo.- Quito: FLACSO, Sede Ecuador, 2010. (Cuadernos de Trabajo)

413 p.

ISBN : 978-9978-67-225-9

POLÍTICA; GÉNERO; MOVIMIENTOS SOCIALES; ESTADO; NACIÓN; PODER;
GOBERNANZA

320 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

CONESUP

Whimper E7-37 y Alpallana

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2505-656

Fax: (593-2) 2563-685

www.conesup.net

ISBN: 978-9978-67-225-9

Cuidado de la edición: Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: enero 2010

Índice

Presentación	7
Introducción	
Las paradojas de la actualización	9
Eduardo Kingman Garcés	
DEBATES EPISTEMOLÓGICOS	
Campo de visibilidad y producción de narrativas	17
Rafael Polo Bonilla	
Ciencias naturales e imperio	47
Elisa Sevilla	
Acerca del análisis del discurso en contextos de antagonismo social	71
Andrés Ortiz	
Origen, desarrollo de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad y su perspectiva en América Latina	103
Javier Jiménez Becerra	

DEBATES POLÍTICOS

Género y política: el concepto de emancipación dentro de la teoría feminista, sus límites y sus posibilidades de uso 133
Alba Di Filippo

Las principales teorías sobre los movimientos sociales y su aproximación al estudio de los movimientos indígenas en América Latina y en el Ecuador 161
Luis Alberto Tuaza Castro

Historia, cultura y política: espacios cotidianos y religiosidad 195
Mireya Salgado Gómez

La formación ciudadana 235
Juan Carlos Valarezo

DEBATES SOBRE EL ESTADO Y LA GLOBALIZACIÓN

Estado-Nación y Región 261
Mónica Mancero Acosta

Territorio, Estado y Nación 307
Ana Sevilla

La construcción de sustentabilidad ambiental como un tema de gobernanza 335
Paúl Cisneros

Crítica contemporánea a la forma Estado: entre el poder policial y el dispositivo de guerra 365
Sandro Jiménez-Ocampo

Sobre las autoras y los autores 411

Debates sobre el Estado y la globalización

Territorio, Estado y Nación

Ana Sevilla*

Resumen

Este artículo propone estudiar las formas en las que el territorio define y a la vez es definido por el estado-nación. Con este fin, en el texto se revisa literatura que aborda el tema de la geografía y la creación del espacio desde una perspectiva crítica. El planteamiento concreto del ensayo busca poner en cuestión la relación entre estado, nación y territorio desde la concepción del espacio y la cartografía como construcciones sociales; el hilo conductor se centra en cuestionar la naturaleza de las conexiones entre estos tres conceptos. El argumento central busca dialogar con un concepto de territorialización en tanto proceso histórico, contradictorio, conflictivo e inacabado lo cual permite analizar la manera en que cada forma de organización social produce y es a la vez producida por un tipo de territorialidad que refleja una epistemología social específica. Así, se toma el territorio, el estado y la nación como una triada problemática con el fin de indagar sobre el proceso de nacionalización y estatización de las categorías de lo espacial.

* Quiero agradecer a Sarah Radcliffe por su contribución y entusiasmo en la dirección de este artículo. De igual manera, aprecio mucho los comentarios de Beatriz Cepeda y Ernesto Capelo quienes leyeron versiones preliminares del texto y me ayudaron a mejorar su contenido.

Introducción

En este trabajo nos interesa pensar en las formas en las que la soberanía estatal y nacional toman autoridad exclusiva sobre un determinado territorio y, al mismo tiempo, cómo este territorio se construye en función de esa autoridad; en principio, asegurando una dinámica paralela en otros estados y naciones. En este sentido, indagaremos sobre el proceso de estatización y nacionalización de las categorías fundamentales de lo espacial. A partir de un enfoque que entiende el espacio como una construcción social¹, nuestro objetivo será estudiar cómo el territorio define y a la vez es definido por el estado-nación. Para esto, realizaremos una revisión de un conjunto de autores quienes estudian el territorio, el estado y la nación como una triada problemática. Nuestro hilo conductor se centrará en cuestionar la naturaleza de las conexiones entre estos tres conceptos.

Exploraremos el estado-nación en tanto cambio fundacional en la organización política del territorio. Esto implicará una operación analítica compleja puesto que el territorio está profundamente implicado con la autoridad y el derecho dentro del estado-nación. El territorio es un componente que determina las relaciones y posibilidades de gobierno y al mismo tiempo es producido a través de estas dinámicas. La estatización y nacionalización del espacio implicaron la incorporación del territorio geográfico dentro de un elaborado sistema institucional: el territorio se convirtió en territorialidad² de estado (Sassen, 2006). Esta nueva territorialidad funcionó de tres maneras: primero clasificó el espacio, luego le entregó un sentido de lugar y, por último, estableció mecanismos de control sobre ese espacio (Radcliffe, 2001: 126).

Dividiremos este ensayo de la siguiente manera. En una primera parte trataremos sobre el aporte del trabajo de Lefebvre en pensadores como Soja y Harvey. Esta sección nos permitirá explicar el enfoque desde el cual partirá el resto de nuestro análisis; es decir, interpretar el espacio como una construcción social. En una segunda parte indagaremos sobre el pro-

1 En función de una lectura de Lefebvre (1974), Soja (1989) y Harvey (2001). Explicados más adelante.

2 Tomaremos la territorialidad en tanto la autoridad institucional exclusiva sobre un territorio determinado. Esto nos permitirá pensar en la relación entre el territorio y la autoridad estatal.

ceso que permitió que la organización política moderna³ se base en una forma particular de territorialidad fija y mutuamente excluyente. En esta sección analizaremos distintas formas de territorialidad para poder formular una lectura más crítica del tipo de territorialidad que caracteriza el estado-nación. En una tercera parte analizaremos la confusión conceptual que existe en el momento de diferenciar entre los conceptos de territorio, estado y nación. Así, el objetivo de esta tercera sección será revisar nuevos acercamientos que no naturalicen las relaciones entre estos tres conceptos partiendo de una lectura que pone énfasis en el carácter histórico de la territorialidad. En una cuarta parte estudiaremos la relación entre territorio, estado y nación en el contexto de tres estados-nación postcoloniales: México, Ecuador y Tailandia. Esto nos permitirá ver de qué manera la formación de estos estados-nación implica un enorme ejercicio para re conceptualizar las prácticas para concebir su territorio.

La producción del espacio

“El espacio y el tiempo son categorías básicas de la existencia humana. Sin embargo, raramente discutimos sus significados. Más bien tendemos a darlos por sentado y a otorgarles determinaciones de sentido común o de autoevidencia” (Harvey, 1989: 225).

La tesis central de Lefebvre sobre reproducción social y espacialidad se encuentra en *La Survie du Capitalisme* (1976a) y en su obra maestra *La Production de l'Espace* (1974). Lefebvre argumenta que la sobrevivencia del capitalismo se basa en la creación de una espacialidad instrumental que se esconde de la mirada crítica a través de un manto de ilusión e ideología. Lo que distingue este manto espacial que es específico del capitalismo de la espacialidad de otros modos de producción es su particular

3 Al hablar de organización política moderna nos referimos al tipo de gobierno que emerge dentro del sistema europeo de estados a partir del siglo XVI. El concepto implica un orden impersonal de tipo legal o constitucional con la capacidad de administrar y controlar un territorio definido (Held, 1996: 57).

producción y reproducción de desarrollos geográficos desiguales a través de tendencias simultáneas de homogeneización, fragmentación y jerarquización⁴. De esta forma, para Lefebvre el “capitalismo ha sido capaz de atenuar sus contradicciones internas a través de una ocupación y una producción del espacio (1976a: 21)⁵. La importancia del trabajo de Lefebvre se debe tanto a sus aportes para la teorización del espacio dentro del capitalismo, como a la introducción de una nueva manera de pensar el espacio que permite problematizarlo junto con las acciones, los imaginarios y el poder dentro de la sociedad. Es justamente gracias a este cambio que el espacio se convierte en el nudo de los conflictos para producir diferentes concepciones de sociedad-espacio. De esta forma, a partir de esta teorización, surge una nueva manera de representar la sociedad y de formular sus intereses.

Según Brenner y Elden (2001) este acercamiento de Lefebvre a la espacialidad urbana está en el origen de las discusiones sobre la teoría urbana en los años setenta (Castells, 1972; Harvey, 1973), de los acercamientos críticos a las posturas socioespaciales en los años ochenta (Gottdiener, 1985; Martins, 1982; Shields, 1991; Soja, 1980) y de las aproximaciones más reciente en los debates sobre la condición de la posmodernidad (Gregory, 1994; Harvey, 1989; Jameson, 1991; Soja, 1989). En esta investigación nos insertaremos dentro de estas corrientes de pensamiento, las cuales reclaman la necesidad de incrementar la sensibilidad analítica hacia lo espacial (Harvey, 1989; Massey, 1992 y 2005; Ross,

4 Este argumento tiene resonancia con el discurso de Foucault sobre la asociación instrumental entre espacio, conocimiento y poder. Foucault considera “el espacio del cuerpo como el elemento irreductible de nuestro estado social de cosas, porque es en ese espacio donde se ejercen las fuerzas de la represión, de la socialización, la disciplina y el castigo. El cuerpo existe en el espacio y debe someterse a la autoridad o forjarse espacios específicos de resistencia y libertad –heterotopías- en el seno de un mundo represivo” En la era moderna, el poder del estado “se vuelve anónimo, racional y tecnocrático y no personalizado y arbitrario” El espacio, para Foucault, es la metáfora de un lugar o recinto de poder (Harvey, 1990: 238).

5 “El espacio no es un objeto científico independiente de la ideología y de la política; siempre ha sido político y estratégico. Si el espacio tiene un sentido de neutralidad e indiferencia en relación con sus contenidos, y por ende parece ser puramente formal, la manifestación de una abstracción social, es precisamente porque ha sido ocupado y usado, y ha sido el foco de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido moldeado por procesos históricos y naturales, pero este ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto lleno de ideologías” (Lefebvre, 1976: 31, la traducción es mía).

1988; Soja, 1989; Castro Nogueira, 1997). De hecho, la preocupación creciente por los procesos y por el progreso privilegia el tiempo (y, por ende, a la historia como su manifestación institucional) en tanto dimensión crítica de estudio; en lugar del espacio (y, por ende, a la geografía como su manifestación institucional). En este sentido, el espacio tiende a ser percibido como una categoría estática, neutral, como un objeto prepolítico, como un escenario pasivo sobre el cual sujetos históricos juegan sus respectivos roles.

Para contrarrestar esta tendencia, Soja (1989: 81) propone una dialéctica⁶ socio-espacial que también se basa en la propuesta de Lefebvre de interpretar la organización espacial como un producto social. La premisa fundamental dentro de esta nueva dialéctica es que las relaciones sociales y espaciales son dialécticamente interdependientes. Las relaciones sociales de producción producen el espacio y a la vez dependen del espacio⁷. Tanto la fragmentación como la coherencia y homogeneidad espacial son productos sociales y a menudo forman parte de la instrumentalidad del poder.

Dentro de la misma línea, Harvey (1990) sostiene que las representaciones espaciales son a la vez producto y productor (1990: 241) y es por eso que “cada modo de producción o formación social particular encarnará un conjunto de prácticas y conceptos del tiempo y del espacio” (1990: 228). Esta es una de las premisas fundamentales para entender porqué el concepto de producción del espacio puede ser utilizado de maneras tan creativas.

6 Soja (1989) basa su propuesta en el aporte de Lefebvre (1976a: 14) sobre el desarrollo de un materialismo histórico geográfico: “La dialéctica es nuevamente parte de la agenda. Pero ya no es la dialéctica de Marx, al igual que la dialéctica de Marx ya no era la dialéctica de Hegel (...) Hoy en día, la dialéctica ya no depende del historicismo ni del tiempo histórico, ni de un mecanismo temporal como la relación *tesis-antítesis-síntesis* o *afirmación-negación-negación de la negación* (...) El reconocimiento del espacio, el reconocimiento de lo que sucede en el espacio y para qué se lo usa, es volver a tratar el problema de la dialéctica; estos análisis revelarán las contradicciones del espacio” (la traducción es mía).

7 Mandel (1975) identifica, para una escala regional e internacional, una problemática espacial que se asemeja mucho a la interpretación de Lefebvre (1974) de la espacialidad urbana. En *Late Capitalism*, Mandel apunta a la crucial importancia histórica del desarrollo geográfico desigual en el proceso acumulativo y por ende en la supervivencia y reproducción del capitalismo. Mandel sugiere que estas desigualdades espaciales son necesarias para la acumulación capitalista.

Partiremos, entonces, de este enfoque que ve el espacio como una construcción social, para estudiar las formas en las que el territorio define y a la vez es definido por el estado-nación. En la siguiente sección discutiremos sobre cómo se formuló la relación entre territorio y estado para llegar al concepto moderno de territorialidad.

La territorialidad moderna

“Los estados abarcan un espacio dentro del cual llevan a cabo sus acciones, y a través del cual reclaman su poder y su soberanía”
(Agnew, 1999: 503).

Nuestro objetivo en esta sección es indagar sobre el proceso a través del cual la base del sistema político moderno llegó a ser una forma particular de organización que se caracteriza por ser territorial, fija y mutuamente excluyente. En este sentido, analizaremos distintos momentos de diferenciación que son claves para entender las características históricamente específicas de la territorialidad moderna (Ruggie, 1993: 31). En un primer momento definiremos las características de los estados modernos. En un segundo momento discutiremos sobre tres formas de organizar las extensiones espaciales que se diferencian del estado territorial moderno. Y en un tercer momento hablaremos sobre el cambio epistemológico que permitió la llegada de la organización territorial del estado.

El sistema moderno de estados

¿Qué es un estado moderno? La definición que proponemos utilizar, como todas las definiciones, es controversial; pero sirve para señalar ciertas innovaciones cruciales que determinan las características del sistema moderno de estados (Held, 1996: 71). Los estados modernos son aparatos políticos, diferentes tanto del gobernador como del gobernado, que gozan de una suprema jurisdicción sobre un área territorial demarcada, son reforzados por una demanda sobre el monopolio del poder coercitivo

y son apoyados por un nivel mínimo de soporte y lealtad de los ciudadanos⁸. Existen cuatro innovaciones claves: la territorialidad, el control sobre la violencia, una estructura de poder impersonal y un nuevo sistema de legitimidad.

Dentro del sistema moderno de estados toda autoridad personalizada y parcelada se consolida dentro de un mismo universo. Esta consolidación implica demarcaciones espaciales fundamentales entre el espacio privado y el espacio público (Ruggie, 1993: 14) que permiten que la esfera pública se constituya a través de la monopolización del uso de la fuerza⁹. Así, la característica novedosa que nos interesa analizar dentro del sistema moderno de gobierno es la diferenciación de la colectividad de sus sujetos en función de enclaves de dominio que son territorialmente fijos, definidos y mutuamente excluyentes (Ruggie, 1993: 14). En este sentido, el concepto de diferenciación es clave para entender las transformaciones de la política en la época moderna. A partir de esta diferenciación, este nuevo proyecto de organización del espacio logra neutralizar otras temporalidades y otras espacialidades, fundando un nuevo orden espacio-temporal (Sassen, 2006: 395). Sassen compara el feudalismo, el estado-nación y la globalización y concluye que la territorialidad es un elemento crucial únicamente dentro del estado-nación. Ninguna de las otras formas de organización política incorpora con tanta fuerza mecanismos de fijación o exclusividad territorial (2006: 27)¹⁰.

8 Ver Skinner, 1978: 349-58 y Giddens, 1985: 17-31 y 116-21; citado por Held, 1996: 71.

9 Este elemento tiene relación con la definición de Max Weber del estado como el agente que detenta el monopolio de la violencia legítima dentro de la sociedad. La idea que subyace bajo esta definición es que en las sociedades plenamente organizadas la violencia particular o sectorial es ilegítima (Gellner, 1983: 15). Norbert Elias sostiene que este concepto de monopolización del uso de la fuerza era muy novedoso dentro de una sociedad donde toda una clase de gente tenía la autoridad de usar la fuerza para sus propios intereses (Elias, 1983: 202, citado por Ruggie, 1993).

10 En *Triangulating Globalization*, Sparke critica el trabajo de Sassen (2006) al considerar que dentro de su análisis de las transformaciones territoriales a lo largo de la historia, Sassen no establece un diálogo con investigaciones geográficas críticas (Lefebvre, Harvey, Soja, Massey, entre otros). Esta falta de indagación en relación con la literatura geográfica es una oportunidad desperdiciada. Para Sparke, las omisiones geográficas de Sassen ocurren repetidamente, mostrando una tendencia que ha sido muy ignorada en las humanidades: la tendencia a usar términos geográficos para metaforizar y problematizar las relaciones sociales, dejando el espacio en sí como un elemento no problemático.

Este cambio epistemológico no sólo involucró un cambio en quién ejerce el poder sino que condujo al desarrollo de nuevas formas de autoridad que implicaron una jurisdicción territorial y autoridad exclusiva sobre un territorio. La autoridad territorial soberana implicó el reconocimiento de una demarcación espacial de autoridad política mutuamente acordada por los estados territoriales adyacentes, lo cual demandó el establecimiento de un principio de jurisdicción equivalente. Es por eso que el estado territorial y el sistema interestatal emergen simultáneamente como componentes críticos de este cambio epistemológico.

Extensiones espaciales alternativas al estado territorial moderno

Para entender la importancia de la innovación que trajo el sistema de estados modernos en su relación con el espacio, es importante analizar ciertas extensiones espaciales alternativas a la territorialidad moderna. En este contexto, Ruggie adapta una formulación de Giddens (1981: 45, citado por Ruggie, 1993), para definir el atributo más genérico de un sistema de gobierno como el dominio legítimo sobre una extensión espacial definida. En este punto, es importante la aclaración de Ruggie quien utiliza la expresión “extensión espacial” para enfatizar que la dimensión espacial del gobierno no necesariamente debe asumir la forma de un estado territorial¹¹. De hecho, existen tres formas en las que los sistemas medievales de gobierno han asumido esta problemática de manera distinta a la organización de los estados territoriales. El analizar estas formas alternativas al estado territorial moderno nos permitirá indagar sobre las conexiones entre el territorio y el estado.

En primer lugar, los sistemas de gobierno no necesitan ser territoriales (Ruggie, 1993: 12). Es decir, la base en la que las comunidades humanas se aglutinan puede tomar formas que no estén basadas en la territorialidad. La extensión territorial puede definirse en función del parentesco.

11 Por otra parte, la factibilidad social de cualquier extensión espacial implica alguna manera de diferenciar distintas colectividades humanas. Ruggie se refiere al concepto de diferenciación definido por Locke (1947: 134, citado por Ruggie, 1993) al preguntarse cómo puede el hombre poseer una propiedad dentro de lo que Dios entregó a la humanidad.

De hecho, una fase crítica en la evolución de las sociedades es precisamente la transición de la consanguinidad a la contigüidad como un parámetro espacial relevante¹².

En segundo lugar, los sistemas de gobierno no necesitan estar fijados territorialmente (Ruggie, 1993: 12). El trabajo de Lattimore (1962, citado por Ruggie, 1993) sobre los derechos nómádicos de propiedad tiene mucha relevancia en este punto. Al referirse a tribus mongólicas, Lattimore sostiene que ningún pastizal era valioso a largo plazo porque en poco tiempo se agotaba y perdía la capacidad de sostener a toda la población. De esta forma, llevados por lo que Lattimore denomina la “importancia soberana del movimiento”, las tribus se movían para encontrar nuevos pastizales para su ganado. Pero no se movían al azar, sino que reclamaban propiedad de ciertos pastizales y ciertas rutas migratorias. En este sentido, el derecho del movimiento era superior al derecho de la instalación de un campamento. La propiedad se refería a un círculo de migración.

En tercer lugar, aún cuando los sistemas de gobierno sean territoriales y la territorialidad sea relativamente fija, el concepto de territorio no necesariamente conlleva la noción de exclusión mutua (Ruggie, 1993: 13). El arquetipo del gobierno territorial no exclusivo es la Europa medieval (Strayer, 1970) con su sistema de derechos de gobierno incompletos y sobrepuestos, donde distintas instancias jurídicas conviven juntas. La diferencia entre el mundo medieval y el mundo moderno es enorme en este sentido: en el mundo medieval sólo existían grandes zonas de transición¹³, la noción moderna de líneas firmes de demarcación entre las distintas extensiones espaciales no apareció hasta el siglo XIII¹⁴.

12 La clásica propuesta de esta visión antropológica se encuentra en Lewis Henry Morgan (1877) *Ancient Societies*; para una discusión contemporánea ver Jonathan Hass (1982) *The Evolution of the Prehistoric State* (citado por Ruggie, 1993: 12).

13 Lattimore (1962) elabora una discusión sobre la diferencia entre límites y zonas fronterizas. También ver Kratochwil (1986: 27-52) y Wallerstein (1974: 32) (citado por Ruggie, 1993).

14 Paul de Lapradelle establece una diferencia entre los límites auto impuestos que el imperio romano llevaba a cabo voluntariamente y las delimitaciones de territorio que se llevaban a cabo por un mutuo acuerdo entre dos soberanías. Para Lapradelle, el problema de la frontera moderna, en tanto delimitación de jurisdicción recíproca, es inconcebible en el marco imperial de un estado poderoso y solitario: “en los márgenes del imperio están los bárbaros”; es por eso que la lógica es de limitación, no existe la posibilidad de una delimitación entre iguales. No existe una concepción de la frontera moderna; sólo existía un lugar de alto voluntario (Lapradelle citado por Boggs, 1940: 7).

Una nueva epistemología social: las bases de la territorialidad moderna

¿Cómo explicar este cambio en la relación del sistema de gobierno frente a su control del espacio? ¿De qué manera surge el estado territorial como un sistema legítimo de territorialidad? Interpretaremos el surgimiento del sistema moderno en función de un cambio en la epistemología social¹⁵. De hecho, para que el nuevo sistema de territorialidad se vuelva legítimo, las categorías mentales para imaginar y concebir el sistema de gobierno debían sufrir cambios fundamentales. De esta manera, surgen nuevas formas de diferenciación espacial sobre las cuales se construye la doctrina y metafísica política moderna (Ruggie, 1993: 21).

Uno de los cambios fundamentales inició en las artes visuales a través de la invención del punto de vista unitario¹⁶. En 1435, el humanista y arquitecto León Battista Alberti publica *Della Pittura*, donde demuestra una técnica para construir un triángulo visual que le permite al pintor determinar el tamaño y forma de una grilla colocada en el suelo, al ser vista desde un eje horizontal, y así reproducirla en forma de pintura. Al crear la ilusión de un espacio tridimensional en una superficie bidimensional, esta “construcción legítima” es el fundamento de la perspectiva lineal; Alberti la describe como un triángulo de rayos que se extiende desde el ojo y chocan con el objeto observado (Cosgrove, 1985: 48). De hecho, las representaciones visuales anteriores incluían dos elementos característicos: los artistas pintaban a sus sujetos desde distintos ángulos y no desde un solo punto de vista (Edgerton, 1975: 9, citado por Ruggie, 1993); y las variaciones de escala de una figura estaban determinadas por su estatus social y no por principios de inversión óptica (White, 1987: 103, citado por Ruggie, 1993).

15 Con la noción de dimensión epistémica, Ruggie (1993: 20) quiere capturar tanto el sentido semiótico de la línea de pensamiento que va desde Weber hasta Habermas que ve la sociedad como una red de significados; como el sentido más estructural de la línea de pensamiento de Durkheim a Foucault donde ha existido una sostenida exploración de las mentalidades colectivas. Ruggie adapta esta noción a partir de Foucault, 1970.

16 Para Edgerton (1975: 158, citado por Ruggie, 1993) cada civilización tiende a desarrollar su propio sistema para imaginar y concebir el espacio; y la perspectiva desde un solo punto fue la respuesta singular del Renacimiento.

El cambio provocado por la propuesta de Alberti tiene dos consecuencias. Primero, la forma y la posición en el espacio son mostrados como relativos y no como absolutos. La forma de los objetos que vemos en el espacio y de las figuras geométricas varía en función del ángulo de la distancia de observación y, por ende, es producida por un ojo soberano (Cosgrove, 1985: 48). Así, la precisión y la perspectiva dependen de un solo punto de vista, el punto de vista de una única subjetividad que se diferencia de cualquier otra¹⁷. Segundo, Alberti consideró que los rayos de visión se originaban en el ojo, lo cual confirmaría su soberanía en el centro del mundo visual. El ojo es capaz de dominar el espacio apropiándose visualmente de su representación (Cosgrove, 1985: 55).

Si llevamos estos conceptos del campo del arte al campo de la política podemos entender de qué manera el espacio político comenzó a ser definido tal como se veía desde un solo punto de vista. Esto fue posible gracias a dos razones fundamentales: por un lado, esta nueva epistemología social permitió que el espacio sea visto como una entidad en su totalidad a partir de una mirada científica y neutral. De esta forma, la geometría fue aplicada para la producción de la propiedad permitiendo una apropiación física del espacio en tanto propiedad o territorio (Cosgrove, 1985: 55). Por otro lado, se construyó una posición “correcta” frente al espacio ocupado por el sujeto moderno¹⁸. De esta forma, se inaugura una nueva

17 La invención del punto de vista unitario permitió que la precisión y la perspectiva se convirtieran en cualidades deseadas y recompensadas, lo cual influyó sustancialmente en el desarrollo de la óptica y la cartografía.

18 En la literatura feminista hay una crítica a esta visión a través del concepto de “conocimiento situado”, el cual pone en cuestión las bases epistemológicas de la tradición filosófica ilustrada y su práctica científica. El punto de partida de este debate tiene relación con una insistencia en la naturaleza contextual de toda forma de conocimiento. En este sentido, Haraway (1991: 191) sostiene que esta narrativa cultural hegemónica produce reclamos de conocimiento que son desprendidos e irresponsables. Esta idea de irresponsabilidad en el conocimiento se refiere a una pretensión de ver el mundo desde ninguna parte. De esto se desprende una doctrina científica de objetividad que provee un manto ideológico que a la vez esconde y fortalece relaciones de poder desiguales (Merrifield, 1995: 51). En este sentido, el reclamo feminista se basa en el hecho de que el conocimiento depende siempre de una determinada estructura de tiempo y de espacio: el conocimiento no ve el mundo desde ninguna parte, sino que lo ve desde un lugar específico. De esta forma, una epistemología basada en el conocimiento situado supone que alguien, en algún momento y en algún lugar, debe dar cuenta del conocimiento de la realidad. Esta responsabilidad en el conocimiento legitima la práctica política: en última instancia, el espacio de la política condiciona la verdad en el conocimiento (Merrifield, 1995: 51).

“manera de ver” (Cosgrove, 1985: 55) que estructura el mundo de tal forma que pueda ser apropiado por un espectador individual para el cual se crea una ilusión de orden y de control a través de la composición del espacio en función de las certezas de la geometría. En este contexto, la aplicación de la geometría euclidiana¹⁹ jugó un rol fundamental como garante de la precisión en la organización, representación y concepción del espacio (Cosgrove, 1985: 46).

El Estado y la Nación frente al territorio

“Cuando las designaciones territoriales se estabilizan, estando firmemente consolidadas en la autoconciencia colectiva de una sociedad ya sea mediante tradiciones religiosas, historiográficas o legales, entonces puede existir una nación” (Grosby, 2007: 110).

Como vimos en la sección anterior, el concepto moderno de territorialidad es históricamente contingente y fluido. Cada forma de organización social produce y es a la vez producida por un tipo específico de territorialidad que refleja una epistemología social propia. Sin embargo, existe una tendencia a tomar la espacialidad como una unidad de análisis pre constituida para la investigación social (Brenner, 1999: 40). Este problema es especialmente evidente cuando problematizamos la espacialidad específica del estado-nación. De hecho, existe una tendencia a tomar la relación entre el territorio, el estado y la nación como una verdad y no como un hecho histórico y contingente. Esto ha llevado a que exista una confusión entre los conceptos de territorio, estado y nación.

El objetivo de la siguiente sección es buscar nuevos acercamientos que no naturalicen las relaciones entre territorio, estado y nación y abran un

19 *Los Elementos* (1482) es un tratado que funda la geometría como disciplina científica. Está compuesto por 13 libros que contienen 465 proposiciones que tratan sobre geometría, aritmética y álgebra geométrica. El gran aporte de Euclides es la introducción del método deductivo en las matemáticas. Esto permitió la consideración de la geometría como pilar fundamental dentro del conocimiento humano, especialmente en función de la aplicación de las representaciones del espacio tridimensional a través de las teorías y técnicas de la perspectiva de un solo punto de vista (Cosgrove, 1985: 47).

campo más crítico de análisis. En un primer momento discutiremos sobre los conceptos de estado, nación y estado-nación y su relación con el territorio. En un segundo momento trataremos sobre el concepto de Agnew de la “trampa territorial” como una crítica de la forma en que el estado y el estado-nación se asumen como sinónimos. En un tercer momento analizaremos el trabajo de Sparke quien muestra cómo la relación entre estados y naciones, que ha sido prácticamente naturalizada, responde a una aglutinación profundamente espacial y política.

Diferenciaciones conceptuales: Estado, Nación y Estado-nación

¿Qué entendemos por “estado”? Los estados surgen de la competencia por el control de un territorio y una población²⁰ (Tilly, 1992: 5). Durante los 5.000 años en que los estados han existido, esta definición, que gira en torno al control de los factores de coerción dentro de un territorio, no ha sido contestada: miles de personas de diferentes identidades han coexistido dentro de un mismo estado que ha favorecido ciertas identidades sobre otras, pero no las ha homogeneizado ni ha enfrentado amenazas de desintegración provocadas por dichas diferencias. ¿Cuándo y cómo es que la multiplicidad étnica se convirtió en un problema político? Para Tilly, recién en la última parte del siglo XVIII los nacionalismos se convierten en una fuerza dentro de la política europea (1994: 133). El nacionalismo implica el principio de la autodeterminación nacional: los estados deben corresponder a grupos homogéneos de personas que tienen intereses políticos específicos y que deben fuertes lealtades al estado que representa su herencia. Dentro de la historia de los estados, tales ideas han sido raras y su realización en un estado un evento excepcional. Sin embargo, en los últimos doscientos años esta nueva forma de nacionalismo se ha vuelto determinante dentro de la política nacional e internacional (Tilly, 1994: 134).

20 Mann (1986) sostiene que los estados son unidades geopolíticas en constante competencia al mostrar que las funciones del estado son esencialmente de tipo militares y geopolíticas en lugar de económicas y domésticas. Mann calcula que entre el siglo XII y el siglo XIX, entre el 70 y el 90 por ciento de los recursos financieros de Inglaterra fueron continuamente utilizados para la adquisición y uso de la fuerza militar.

¿Qué entendemos por “nación”? Tilly describe la nación como uno de los elementos más enigmáticos y tendenciosos del léxico político (1975: 6). Smith parte del hecho de que una nación no es un estado y tampoco es una comunidad étnica (2001: 26). La define como una “comunidad humana con nombre propio que ocupa un territorio propio y posee unos mitos comunes y una historia compartida, una cultura pública común, un sistema económico único y unos derechos y deberes que afectan a todos sus miembros” (2001: 28).

¿Qué implica la vinculación de estos dos conceptos bajo la formulación de “estado-nación”? Para Smith y Tilly existen pocos ejemplos puros del tipo de comunidad política llamada “estado-nación”. De hecho, para Smith se puede afirmar que un estado-nación existe sólo cuando más o menos la totalidad de la población de un estado pertenece a un solo grupo etnonacional y donde las fronteras del estado y de la nación son coextensivas²¹. Sólo entonces coincide la “nación” con el “estado” (Smith, 2001: 148). De hecho, existe un problema en la formulación del concepto de “estado-nación” ya que tiende a implicar que el estado y la nación son exactamente coextensivos, es decir que sólo existiría una nación en un estado determinado y un estado para una nación determinada. En este contexto, Connor (1978) sostiene que existe una fuerte tendencia a usar el término “nación” como sustituto de la unidad jurídico-territorial del estado²².

Sin embargo, las formulaciones de Stalin y Giddens permiten ver la relación entre el estado y la nación de otra manera. La diferencia clave es

21 Ver Horowitz (1985, cap. 2) quien describe los efectos que para los grupos étnicos tienen las nuevas fronteras territoriales creadas por las potencias coloniales.

22 Connor (1978: 38-39) presenta dos posibles explicaciones para entender el desarrollo de esta práctica, la cual se volvió relativamente común a partir del siglo XVII. La primera tiene relación con la rápida propagación de la doctrina de la soberanía popular de Locke. Al identificar “el pueblo” como la fuente de todo poder político, esta doctrina convirtió al pueblo y al estado en sinónimos. “L’état c’est moi” se convirtió en “L’état c’est le peuple”. Y de esta forma la nación y el estado se convirtieron en sinónimos por la tendencia a relacionar la nación con el pueblo. La segunda explicación tiene que ver con el desarrollo de una abreviación a partir del concepto de “estado-nación”. Este guión justamente denota la diferencia vital entre los dos conceptos (ver Sparke, 2005 más adelante). Se diseñó para ilustrar una unidad político-territorial (el estado) cuyos límites coincidían con la distribución territorial de un grupo nacional. De esta forma, el término describe la situación en la cual una nación tiene su propio estado. Sin embargo, el término se utiliza indiscriminadamente para todos los estados cuando no todos responden a estas condiciones. Esto hace que el estado sea percibido como la extensión política de la nación.

su énfasis en el espacio y su proyección en el tiempo. Por un lado, Stalin sostiene que una nación se forma a partir de un intercambio largo e ininterrumpido: es el resultado de la convivencia de un grupo de personas de generación en generación. Pero la gente no puede vivir junta durante largos períodos a no ser que compartan un mismo territorio. Una diferencia en el territorio lleva a la formación de una nación diferente es por eso que un territorio común es una de las características de una nación (Stalin, 1973: 19). Por su lado, Giddens afirma que una nación sólo existe cuando un estado obtiene un alcance administrativo unificado sobre el territorio donde demanda su soberanía (Giddens, 1985: 119). Si juntamos estas dos definiciones, podemos ver que existe una relación entre estado y nación que va más allá de una posible coincidencia de extensión territorial. Estas dos definiciones apuntan a una interacción constante entre las fuerzas de estatización y las fuerzas de nacionalización que confluyen sobre un mismo espacio.

La trampa territorial

Agnew se suma al cuestionamiento de las relaciones entre territorio, estado y nación al considerar que existe una concepción difusa de los tres conceptos la cual ha llevado a que el término “estado-nación” se utilice como sinónimo del “estado territorial”. Esta confusión parece muy inocente, pero en realidad permite que el estado territorial se vincule con la legitimidad y representación que expresa el carácter y la voluntad de una nación (Agnew, 1994: 59).

Ante este peligro, el autor sostiene que se debe considerar la territorialidad de los estados en relación con su contexto histórico. Así, Agnew critica los acercamientos que oscurecen las formas en las que los distintos estados han surgido con el objetivo de construir un tipo ideal de estado territorial (Agnew, 1994: 63). Como ejemplo, Agnew habla de los diferentes caminos de expansión e incorporación a través de los cuales los estados modernos de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania fueron creados: Inglaterra es el producto de conquistas y herencias dinásticas de varios territorios adyacentes a través de sucesiones monárquicas por más

de 600 años; los Estados Unidos, en cambio, se formaron a partir de la instauración de una vasta población continental compuesta de inmigrantes de Europa y África, en una expansión que duró sólo 150 años; por último, Alemania se creó a partir de la incorporación de varios pequeños reinados germano-hablantes dentro de un *Reich* prusiano. Así, todos estos ejemplos corresponden a estados territoriales pero cada uno tiene orígenes, escalas geográficas y mitologías fundadoras diferentes. Al analizar estos casos fuera de su contexto histórico, estaríamos eliminando la posibilidad de ver en cada uno de los estados una contribución original, en valores y comportamiento, al sistema de estados (Agnew, 1994: 64). Esta falta de interés en los procesos de creación de los distintos estados es lo que ha promovido la confusión entre los términos “estado” y “nación”, la cual legitima la idea de un mundo compuesto por divisiones entre estados territoriales, mediante un reclamo sobre representaciones nacionales o étnicas. En este sentido, el supuesto es que los estados son lo mismo, mientras que las naciones son distintas (Agnew, 1994: 64).

De esta manera, en un mundo fragmentado en estados territoriales, la absoluta soberanía sobre un territorio específico es el elemento que le entrega su justificación más poderosa a los estados: es este reclamo de soberanía lo que distingue a los estados (Agnew, 1994: 60). Este concepto de soberanía le otorga un poder totalizante al estado territorial el cual hace que exista una subordinación de la sociedad frente al estado (Agnew, 1994: 68). De aquí se desprende el sentido del estado territorial como “contenedor” de la sociedad moderna: “sólo dentro del territorio del estado existe orden social; por fuera está la anarquía y el peligro”²³ (Agnew, 1994: 69). Agnew sostiene que esta fusión entre el estado territorial y la sociedad no es necesariamente una ilusión intelectual, pero lo que sí es ilusorio es el tratar esta dinámica como una “unidad racional” hegeliana (Agnew, 1994: 70). De hecho, los estados territoriales necesitan de la creación de un espacio unificado y homogéneo donde las distintas prácticas sociales (la cultura, el conocimiento, la educación) sean racionalizadas y homogeneizadas. La creación de una exclusividad territorial es fundamental para incorporar estas prácticas sociales bajo un mismo sistema de regu-

23 La traducción es mía

lación. Pero, puesto que el espacio fue subordinado al estado y se convirtió, en palabras de Lefebvre (1974: 279, citado por Agnew, 1994: 71), en un elemento simplemente “clasificador” e “instrumental”, la unidad espacial y homogeneidad interna del estado fueron tomadas como una realidad dentro de la vida social. Lefebvre rastrea esta concepción eterna del espacio estado-céntrico como una influencia del idealismo hegeliano. Lefebvre (1974: 279, citado por Agnew, 1994: 71) sostiene que “para Hegel, el espacio llevó a su fin al tiempo histórico y el maestro del espacio fue el estado”.

El resultado final es que el espacio ocupado por el estado no tiene temporalidad (Agnew, 1994: 72). La vida social, política no puede ser ontológicamente contenida dentro de las fronteras territoriales de los estados a partir de la premisa metodológica del “espacio sin tiempo” (Agnew, 1994: 77). Para Agnew, es esta premisa la que lleva a la “trampa territorial”.

Geografías postfundacionales de los estados-guión-naciones²⁴

Sparke²⁵ (2005) analiza la vinculación de los conceptos de estados-guión-naciones y de geo-guión-grafía e intenta mostrar cómo estas dos aglutinaciones son profundamente espaciales y políticas. Así, Sparke desafía el guión entre “estados” y “naciones” e inserta un guión oculto en “geografía” para volver ambos términos inestables, legibles y creativos.

Para Sparke, el guión entre estado y nación ha significado, tradicionalmente, la consolidación recíproca de unidades nacionales y territorios estatales. Este guión es una “metonimia de consolidación” (2005: xiii) que encierra una “dinámica geográfica violenta y volátil” (2005: xii). De un

24 Traducido del concepto de “hyphen-nation-states” de Sparke (2005). Un “hyphen” es el guión de una palabra compuesta. El sentido que le da Sparke a la palabra “hyphenation” le sirve para indicar el proceso de aglutinación, unión, vínculo o conexión entre estados y naciones. La traducción que utilizaremos será: “estados-guión-naciones” para indicar no solamente la importancia de los procesos de hacer interconexión entre estados y naciones a través del territorio, sino también las formas múltiples de hacerlo. El plural de estados y de naciones alude a la heterogeneidad de las articulaciones estado-nación.

25 Todas las traducciones de “In the Space of Theory” son mías.

lado, están las diversas prácticas estatales de control de fronteras y migración que regularon la extensión territorial; y, por otra parte, están las dinámicas sociales y culturales modernas que producen un espacio nacional a través de monumentos, mapas y emblemas nacionales. El resultado final es la creación de una regulación estatal junto con un espacio de legitimidad (2005: xiii).

Al igual que Agnew (1999) y Brenner (1999), Sparke critica las visiones esencialistas del espacio como contenedor inerte de las dinámicas y fuerzas sociales. Para Sparke, esta premisa teórica produce lo que él llama “geografías anémicas”, las cuales asumen que el mundo se compone por una “tierra coherente y singular” sin tomar en cuenta la producción, negociación y contestación espacial²⁶ (2005: xiv). En este sentido, el gesto de graficar el geo significa trascender cualquier intento de solidificar o estabilizar el espacio. Por eso, en el texto deconstructivo, postfundacional de Sparke el compromiso crítico de un geógrafo no debe acabar nunca: “estoy proponiendo en este libro aterrizar una serie de teorías postfundacionales (...) hago un llamado a la geografía precisamente en este sentido deconstructivo; un sentido que sugiere que el trabajo de descubrir lo gráfico en el geo nunca acaba, que una geografía compleja es, en el sentido riguroso, (im)posible; y que, de esta forma, es un recordatorio de la responsabilidad de examinar otras gráficas” (2005: xxxi).

De esta forma, Sparke (2005) hace un llamado a una cartografía deconstructiva que exponga los compromisos escondidos dentro de toda representación espacial. Su aporte fundamental apunta a una profunda reestructuración de conceptos de hegemonía y representación: “cada geografía, ya sea asumida o explícitamente elaborada, cada mapeo, graficación, visualización, topografía, teorización y metaforización del espacio se convierte en algo legible; no sólo por lo que incluye, sino por lo que oculta en el momento de representar espacialmente los procesos histórico-geográficos no terminados y las relaciones de poder de la producción espacial” (2005: xvi).

Así, al investigar la geografía en el nexo de lo que él llama la “geo-escritura” o el espacio donde los discursos de los lugares se encuentran con los

26 Sparke critica a los teóricos pos-fundacionales por haber reducido la geografía a la anemia, y por ende ofrecer un análisis de como geo-escribir las relaciones sociales contemporáneas.

materiales para representarlos, Sparke nos permite ver cómo la geografía es constantemente una producción discursiva, y por ende, siempre un proceso incompleto. Sparke argumenta deconstructivamente que el geo es graficado por múltiples procesos que muchas veces quedan inexplorados. En este contexto, sostiene que debemos, persistentemente, examinar las exclusiones que ayudan a consolidar cualquier reclamo geográfico de verdad²⁷.

Territorios, estados y naciones postcoloniales

En esta sección final trataremos sobre la problemática de los estados-nación poscoloniales. Nos enfocaremos en cómo se crean relaciones espaciales en el contexto de la creación postcolonial del territorio, el problema de legitimidad y los procesos de construcción de una nueva correspondencia entre estado, nación y territorio. Utilizaremos los conceptos que hemos desarrollado a lo largo del ensayo para leer estudios de caso de tres estados—nación postcoloniales: México, Ecuador y Tailandia. En todos los casos, los conceptos del territorio, del estado y de la nación se trabajan en referencia constante a una situación colonial previa²⁸. Esto implica que tanto mapas del territorio, como concepciones de unidad territorial con autoridad que ya existieron durante tiempos coloniales, deben ser contrastados con nuevas producciones del espacio. En este contexto, la

27 El trabajo de Gregory (1994) tiene resonancia con la propuesta de Sparke al estructurar una perspectiva analítica que cuestiona constantemente las maneras en las que se piensan las relaciones socio-espaciales, y enfrentarlas a una crítica en función de los efectos de las relaciones de poder sobre tales imaginaciones geográficas. Lo que sugieren tanto Sparke como Gregory es que parte del proceso deconstructivo debe evaluar nuestras estrategias textuales, porque es a partir de estas formas de representación que la mayoría de nuestras premisas de sentido común se van estableciendo de manera casi espontánea (Gregory, 1994: 20).

28 Massey (2005: 71) sostiene que las regiones y las culturas, en lugar de ser vistas como sociedades diferentes que se enfrentan dentro de una misma unidad de tiempo, son diferenciadas, caricaturizadas y luego catalogadas dentro de una secuencia temporal construida en función de distintos estados de desarrollo. Dentro de este contexto, Massey busca dar un giro frente a esta problemática postcolonial basada en la idea de una historia global unitaria. Especialmente, Massey rechaza argumentos sobre el pensamiento colonial que consideran al colonizado como un infante dentro de la travesía de vida que lleva hacia la adultez europea. Massey cuestiona esta negación de la coetaneidad implícita en cualquier visión plana de la geografía global.

formación de estos estados-nación implica un enorme ejercicio para re conceptualizar y re pensar las prácticas y las maneras de mapear/imaginar su territorio.

Este ejercicio nos permitirá mostrar lo creativo que puede ser el análisis de la construcción de estados-nación desde la perspectiva de la producción del espacio. En un primer momento analizaremos el trabajo de Craib sobre la cartografía estatal en México como una muestra de la violencia estatal sobre un territorio (Lefebvre, 1974); en un segundo momento trabajaremos el concepto del “territorio sucesor” (Grosby, 2007) en la producción de la nación ecuatoriana en base a los aportes de Radcliffe y Deler; y, por último, en un tercer momento nos enfocaremos en el caso tailandés como una “nación territorial inventada” (Smith, 1994) por las élites sobre un grupo étnicamente dispar, con el trabajo histórico de Thongchai.

Violencia estatal: México

Craib (2004) muestra cómo el estado-nación mexicano tiene que construir su territorio a través de los mapas, donde los mapas no solamente representan lo que es el territorio nacional sino que también lo crean. Al analizar el poderoso rol que rutinas cartográficas tales como la exploración, el censo y la elaboración de mapas, juegan en la creación del estado-nación mexicano en el siglo XIX e inicios del siglo XX, Craib muestra cómo estas rutinas fueron parte de una “obsesión federal” o “fijación estatal” con determinar o fijar puntos geográficos, líneas y nombres con el fin de facilitar el desarrollo económico y la administración política. Craib estudia tanto los mapas que resultan de dichas rutinas como los procesos que eventualmente generaron estos mapas. El autor muestra cómo en el terreno, oficiales agrarios, militares encargados de censos y geógrafos metropolitanos atravesaban un “terreno fugitivo” de jurisdicciones y leyes confusas, límites ambiguos, nombres de lugares cambiantes y pueblos con su propia concepción de la historia y del territorio. A partir de una serie de fuentes –que incluyen mapas, cartas de campesinos, reportes oficiales, diarios y correspondencia vinculados con los censos– Craib sigue los con-

testados procesos mediante los cuales oficiales del estado intentaban redefinir y codificar este territorio fugitivo en lucha permanente con las personas que encontraban en el campo. En este proceso, Craib demuestra cómo el censo y el mapa nunca fueron simples procedimientos técnicos, sino que fueron, y siguen siendo, profundas prácticas sociales y políticas mediante las cuales los agrimensores, los terratenientes, los burócratas agrarios y los campesinos jugaron roles poderosos y complejos.

De hecho, esta tensión entre la obsesión estatal por fijar el terreno y la tendencia fugitiva del territorio pone en evidencia la advertencia de Lefebvre (1974: 280, citado por Brenner, 1999: 49) quien analiza el estado moderno como una forma de violencia sobre un espacio. Para Lefebvre, el estado moderno busca racionalizar, unificar y homogenizar las relaciones sociales dentro de un espacio territorial: “cada estado proclama la producción de un espacio donde se lleva a cabo a la perfección un proyecto: la construcción de una sociedad unificada y por ende homogénea” (1974: 281)²⁹. Lefebvre considera que esta es una fetichización del espacio al servicio del estado (Lefebvre, 1974: 21).

Territorio sucesor: Ecuador

Para el caso ecuatoriano, Radcliffe (2001) describe la importancia de una imaginación espacial del estado dentro de su proceso de formación. En este sentido, la autora nos entrega una perspectiva para entender las relaciones entre la disciplina de geografía, las imaginaciones geográficas (a partir del concepto desarrollado por Edward Said en *Orientalism*), y las prácticas del estado. Este hecho es evidente en la importancia que ha tenido la imaginación espacial vinculada con la Amazonía en la construcción del estado-nación ecuatoriano. Deler, por ejemplo, afirma que “mientras que durante casi tres siglos la Audiencia de Quito había aparecido como la modalidad administrativa del poder amazónico de España, el Ecuador contemporáneo, heredero político de la Audiencia, se encuentra relegado entre los países andinos tropicales al rango de última potencia amazóni-

29 La traducción es mía.

ca, en lo que concierne a la extensión de los territorios controlados” (Deler, 1987: 153). Este hecho puede servir para explicar porqué la nostalgia por la Amazonía es una característica fundamental de la nacionalidad ecuatoriana. En efecto, existe una falta de relación entre el territorio de la Audiencia de Quito y el territorio del actual Ecuador en su extensión amazónica. Podemos analizar este hecho a través de la categoría de “territorio sucesor” de Grosby (2007). Este concepto se refiere a la manera en que ciertos símbolos territoriales son determinantes para la existencia de las naciones (2007: 99).

El reconocimiento de los límites territoriales de una sociedad continúa, a través de distintos períodos históricos, como un punto de referencia en su formación —el ejemplo clásico de este fenómeno es la descripción bíblica de la “tierra de Israel” como sucesor de la antigua provincia egipcia de “Canaan” (Grosby, 2007: 100). Para el caso ecuatoriano, el símbolo de la posesión amazónica es una categoría territorial que ha persistido en el tiempo desde la época colonial. La persistencia de la imagen de un territorio es un factor necesario para la existencia de una nación. Si se considera que un territorio es el sucesor de otro, entonces los habitantes del segundo son considerados como los descendientes de los habitantes del primero; lo cual resulta en la continuación circunscrita, transgeneracional característica de la nacionalidad (2007: 108).

Nación inventada: Tailandia

Thongchai (1994) analiza la forma en que la representación del espacio, en función de producciones cartográficas, es utilizada como instrumento de ideología imperial. El autor argumenta que la historia oficial de Tailandia ha proyectado una imagen de “lo tailandés” en relación con un pasado lejano, al mismo tiempo que ha afirmado el proceso de construcción del Siam moderno como resultado de reformas ilustradas y modernas promovidas por la élite: un proceso patriótico de integración nacional. Para Thongchai, tales interpretaciones ignoran las pretensiones agresivas de las élites que logran escribir la historia de Siam como si hubiera sido siempre una unidad compacta víctima de la colonización europea.

Podemos leer esta propuesta de Thongchai en función de la concepción cívica o territorial de la nación que Smith (1994) formula para entender la consolidación de fronteras postcoloniales que son fijadas por las potencias coloniales sin guardar correspondencia con comunidades o estados étnicos. De esta división arbitraria surgen “naciones territoriales inventadas” donde las élites locales tienen que construir nación e inculcar lealtades nacionales a poblaciones étnicamente divididas (Smith, 1994: 13). En esta línea, Thongchai sugiere que la construcción de Siam se hizo a expensas de numerosas entidades territoriales (que tenían diferentes nociones del espacio, de los límites, del territorio y de la identidad). Este proceso se basó fundamentalmente en la implantación de tecnologías cartográficas y concepciones espaciales occidentales. De esta forma, durante el siglo XIX, el cuerpo geográfico de Siam nace de estos esfuerzos: las tradiciones cartográficas y la construcción de mapas validaron la incorporación de pequeños territorios dentro de una estructura fija; el espacio nacional. Estos mapas geopolíticos occidentales, contruidos con límites definidos y líneas precisas, sirvieron como modelo para lo que se convertiría en una nación que tendría claros límites políticos, una historia y una cierta esencia con la cual se identificarían todos sus habitantes. Estas tecnologías cartográficas ayudaron a construir una teleología que fortaleció el mapa como unidad de análisis, lo cual eliminó toda posibilidad de concebir la nación como algo que estaba en proceso de ser construido.

Conclusiones

En este ensayo nos propusimos tomar el territorio, el estado y la nación como una triada problemática. Nuestro hilo conductor se centró en cuestionar la naturaleza de las conexiones entre estos tres conceptos, en función de un enfoque que entiende el espacio como una construcción social. Así, después de indagar sobre el proceso de nacionalización y estaticización de las categorías fundamentales de lo espacial, vale la pena resaltar los siguientes puntos:

- El territorio, el estado y la nación son tres componentes que pueden estar alineados pero que no necesariamente lo están, y además necesitan de un trabajo continuo para mantener el mito de coherencia. La nación no tiene una relación espacial directa con el estado ni con el territorio³⁰. En este sentido, la nacionalización y estatización de lo espacial dentro de una sociedad no son procesos naturales sino contruidos: desde el trabajo de generales que luchan metro a metro por definir un territorio, pasando por abogados que inventan nuevos parámetros e instrumentos jurídicos, incluido el aporte de comerciantes y capitalistas que fortalecen la dimensión nacional en operaciones económicas, hasta la función de los colegios y otras instituciones disciplinarias en la construcción de la ciudadanía nacional. No hay nada natural, fácil o predestinado en este proceso (Sassen, 2006: 18).
- Sin embargo, existe una tendencia a tomar la espacialidad (y en especial la espacialidad específica del estado-nación) como una unidad de análisis pre constituida. Es decir, se toma la relación entre el territorio, el estado y la nación como una verdad y no como un hecho histórico y contingente. Esto ha llevado a que exista una confusión conceptual entre el territorio, el estado y la nación.
- Es importante tomar distancia frente a esta tendencia para dialogar con un concepto de territorialización en tanto proceso histórico, contradictorio, conflictivo e inacabado; en lugar de ser visto como un proceso preestablecido, fijo, natural y finito. Cada forma de organización social produce y es a la vez producida por un tipo de territorialidad que refleja una epistemología social específica. Este enfoque permitirá hacer contribuciones novedosas y creativas dentro de la literatura sobre la formación del estado-nación.

30 Ver Radcliffe y Westwood, 1996.

Bibliografía

- Agnew, John (1994). The Territorial Trap: the Geographical Assumptions of International Relations Theory. *Review of International Political Economy* 1: 53-80.
- Boggs, S. Whittemore (1940). *Internacional Bounderies: A Study of Boundary Functions and Problems*. New York: Columbia Press University.
- Brenner, Neil (1999). Beyond state-centrism? Space, territoriality and geographical scale in globalization studies. *Theory and Society* (28)1: 39-78.
- Brenner, Neil y Stuart Elden (2001). Henry Lefebvre in Contexts: an Introduction. *Antipode* 33: 5.
- Castells, M. (1972). *La Question Urbaine*. Paris: Maspero.
- Castro Nogueira, L. (1997). *La risa del espacio: el imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea; una reflexión sociológica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- (2004). *Cartographic Mexico: A history of state fixations and fugitive landscapes*. London: Duke University Press.
- Connor, Walker (1994) [1978]. "A nation is a nation, is a state, is an ethnic group...". En *Nationalism*, ed. John Hutchinson y Anthony Smith. Oxford: Oxford University Press.
- Cosgrove, Denis (1985). Prospect, Perspective and the Evolution of the Landscape Idea. *Transactions of the Institute of British Geographers*, New Series 10: 45-62.
- Deler, Jean-Paul (2007) [1987]. *Ecuador, del espacio al estado nacional*. Ecuador: Corporación Editora Nacional.
- Elias, Norbert (1983). *Power and Civility*. New York: Pantheon.
- Edgerton, Samuel (1975). *The Renaissance Rediscovery of Linear Perspective*. New York: Basic Books.
- Foucault, Michel (1970). *The Order of Things*. New York: Random House.
- Gellner, Ernest (2001) [1983]. *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Universal.

- Giddens, Anthony (1981). *A Contemporary Critique of Historical Materialism. The Nation-State and Violence*, Vol. I. Berkeley: University of California Press
- (1985). *The nation-state and violence*. Cambridge, England: Polity Press.
- Gottdiener, D. (1985). *The Social Production of Urban Space*. Austin: University of Texas Press.
- Gregory, Derek (1994). *Geographical Imaginations*. Oxford: Basil Blackwell.
- Grosby, Steven (2007). “The successor territory”. En *Nationalism and ethnosymbolism, history, culture and ethnicity in the formation of nations*, ed. Athena Leoussi y Steven Grosby. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Hass, Jonathan (1982). *The Evolution of the Prehistoric State*. New York: Columbus University Press.
- Haraway, D. (1991). “Situated Knowledge: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”. En *Simians, Cyborgs and Women*, D. Haraway. London: Free Association Press.
- Harley, J.B., 1988a (2005). “Mapas, Conocimiento y poder” en *La Nueva Naturaleza de los Mapas: ensayos sobre la historia de la cartografía*. Baltimore: The Jhon Hopkins University Press.
- Harvey, David (1973). *Social Justice and the City*. Cambridge, MA: Blackwell.
- (1990) [1989]. *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los Orígenes del Cambio Cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (2007) [2001]. *Espacios del capital: hacia una Geografía crítica*. Madrid: Ediciones Akal.
- Held, David (1996). “The development of the modern state”. En *Modernity, an introduction to modern societies*, ed. Stuart Hall, David Held, Don Hubert, Kenneth Thompson. MA: Blackwell Publishing
- Horowitz, Donald (1985). *Ethnic groups in conflict*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

- Jameson, F. (1991). *Postmodernism or the Cultural Logia of Late Capitalism*.
Dirham, NC: Duke University Press.
- Kratochwil, Friedrich (1986). Of Systems, Boundaries and Territoriality.
World Politics 34 (1): 27-52.
- Lattimore, Owen (1962). *Studies in Frontier History*. London: Oxford
University Press.
- Lefebvre, Henry (1974). *La Production de l'Espace*. Paris: Anthropos.
——— (1976). *The Survival of Capitalism*. London: Allison and
Busby.
- Locke, John (1947). "On Property". En *Two Treatises of Government*, sec.
2.25, ed. Thomas I. Cook. New York: Hafner.
- Mandel, E. (1975). *Late Capitalism*. London: Verso.
- Martins, R. (1982). "The Theory of Social Space in the Work of Henry
Lefebvre". En *Urban Political Economy and Social Theory*, eds. R.
Forest, J. Henderson y P. Williams, 160-185. Aldershot: Gouver.
- Massey, Doreen (1992). Politics and Space/Time. *New Left Review* 196:
65-84, Noviembre-Diciembre.
——— (2005). *For Space*. London: Sage Publications.
- Merrifield, Andy (1995). Situated Knowledge through Exploration:
Reflections on Bunge's Geographical Expeditions. *Antipode* 27 (1):
49-70.
- Morgan, Lewis Henry (1877) [1963]. *Ancient Society*, ed. Eleanor
Leacock. Gloucester, Mass: Peter Smith.
- Radcliffe, Sarah (2001). "Imagining the State as Space: Territoriality and
the Formation of the State in Ecuador". En *States of Imagination:
Ethnographic Explorations of the Postcolonial State*, ed. Thomas Blom
Hansen y Finn Stepputat. Durham: Duke University Press.
- Radcliffe, Sarah and Sallie Westwood (1996). *Remaking the Nation. Place,
Identities and Politics in Latin America*. London: Routledge.
- Ross, K. (1988). *The emergence of social space Rimbaud and the Paris
Commune*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Ruggie, Jhon Gerard (1993). Territoriality and Beyond: Problematizing
Modernity in International Relations. *International Organization* 47:
139-74.

- Sassen, Saskia (2006). *Territory, Authority, Rights, from Medieval to Global Assemblages*. United Kingdom: Princeton University Press.
- SSHields, R. (1991). *Places on the Margin: Alternativa Geographies of Modernity*. New York: Routledge.
- Skinner, Quentin (1978). *The Foundation of Modern Political Thought*. New York: Cambridge University Press.
- Smith, Anthony (1994). Tres conceptos de nación. *Revista de Occidente* 161. Madrid.
- (2004) [2001]. *Nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Sparke, Matthew (2005). *In the Space of Theory: Postfoundational Geographies of the Nation-State*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Sparke, Matthew. “Triangulating Globalization” en <http://faculty.washington.edu/sparke/sassen.pdf>, revisado Octubre 2008.
- Soja, E. W. (1989). *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London: Verso.
- (1980). The Sociospacial Dialectic. *Annals of the Association of American Geographers* 70: 207-255.
- Stalin, Joseph (1973). “The nation”. En *Nationalism*, ed. John Hutchinson y Anthony Smith. Oxford: Oxford University Press.
- Strayer, Joseph (1970). *On the Medieval Origins of the Modern State*. Princeton: Princeton University Press.
- Tilly, Charles, ed. (1975). *The formation of national states in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press
- Tilly, Charles (1992). *Coercion, Capital and European States*. Oxford: Basil Blackwell.
- (1994). States and nationalism in Europe 1492-1992. *Theory and society* 23 (1):131-146.
- Thongchai, Winichakul (1994). *Siam Mapped: The History of the Geography of a Nation*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- Wallerstein, Immanuel (1974). *The Modern World System*. New York: Academic Press.
- White, John (1987). *The Birth and Rebirth of Pictorial Space*. Boston: Faber and Faber.